Relatos de Cross

George Alfaro

Capítulo 1

De mal en peor

La Emperatriz Agnes I no confiaba en los heraldos, les tenía miedo, sus palabras solo contenían malas noticias. Aquel día no fue la excepción.

Agnes no durmió la noche pasada por estar revisando documentos importantes, papeles relacionados a la economía del Imperio Cross. Los números iban en picada, el escenario parecía estar destruyéndose conforme pasaban los días, era un caos total y las nuevas que recibió tampoco ayudaron mucho.

—La provincia de Valley fue destruida. —Palabras simples que causaron un daño terrible en su corazón. El heraldo hizo una educada reverencia y se retiró del lugar, dejando a la pobre Agnes sin nada que decir. Sus ojos yacían adornados con ojeras oscuras, producto de noches sin dormir, estrés y lágrimas constantes.

Hasta hace 3 meses, llegaban cartas de ayuda directo desde la capital de Valley, las palabras eran las mismas: "Nos estamos muriendo, necesitamos ayuda", pero ella no podía hacer nada para salvarlos, los recursos de Cross se mantenían a duras penas, la comida escaseaba y los niños se arrastraban famélicos por las calles. El crimen incrementó y la gente decente se veía forzada a cometer crímenes horrendos para llenarse la panza.

Esto era una pesadilla, el infierno sobre la tierra.

"No pude salvarlos" pensó Agnes, culposa por no haber sido capaz de proteger a su gente.

El escenario iba empeorando, Valley sufrió un asalto brutal por parte del ejército celestial. Los monstruos y saqueadores entraron y provocaron un baño de sangre absurdo, el vital líquido terminó llegándoles hasta los tobillos y al final, solo un fragmento de la población pudo escapar.

Se perdieron vidas y conocimiento.

Años y años de cultura destrozados por una barbarie inhumana.

Y allí estaba Agnes I, sola en el pasillo del castillo imperial.

—Hey, ¿todo bien? —Sir Kay llegó desde atrás, el joven caballero tuvo un mal presentimiento, pero decidió tragárselo hasta escuchar a su preciada

compañera.

—Valley cayó —contestó Agnes, con voz cansada y mirada deprimente —. Otra provincia ha sido destruida, Kay… Dios… —Una noticia poco sorpresiva, pero triste a la vez, Valley llevaba 2 años en penumbras y era solo cuestión de tiempo antes de su inevitable caída.

Nadie podía salvar a esa ciudad condenada.

Y tanto Agnes, como Sir Kay, conocían esa oscura realidad.

—No sé qué decir. —Sir Kay notó que los hombros de Agnes temblaban, ¿era miedo o frustración?, quizá las dos cosas o incluso más —. Ven aquí, tranquila… Respira profundo. —Sus brazos rodearon suavemente el cuerpo tembloroso de Agnes, la jovencita no lucía bien, llevaba meses sufriendo estrés severo y la situación solo empeoraba conforme pasaban los días.

Batallas perdidas, hambruna, enfermedades, crimen y un ejército de monstruos destrozando al Imperio Cross desde sus más profundas entrañas. Y allí estaba ella, Agnes I, Emperatriz de Cross, lidiando con el máximo de su habilidad el posible fin de la civilización.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Agnes.

—Todavía no hemos sido derrotados —confesó Sir Kay, el caballero estaba igual de desanimado, sus constantes esfuerzos en combate solo terminaban en muertos y más muertos. Sin importar cuanto esfuerzo haga, la situación simplemente iba de mal en peor.

—A este paso dudo que resistamos 3 o 4 años —confesó Agnes —. Llevamos años en números rojos, que todavía sigamos aquí es un milagro.

—No estás sola —murmuró Sir Kay —. Tal vez no haga ninguna diferencia, pero estoy aquí, contigo… Si necesitas mi ayuda te la daré, después de todo, soy el Héroe de Cross…

—Me sigue sorprendiendo que no me odies —confesó Agnes —. Después de lo que hice…

—No, tú hiciste lo correcto. Yo soy un caballero y es mi deber proteger a los débiles y los inocentes. Tú como Emperatriz no me fallaste, lo diré las veces que sea necesario. —Sir Kay se sintió impotente, la chica que más apreciaba en este mundo estaba sufriendo y él no podía hacer nada para evitarlo, el Imperio Cross estaba al borde del desastre, las provincias muriendo y la gente poco a poco, perdía su humanidad para sobrevivir.

Los casos de canibalismo aún eran rumores, pero era cuestión de tiempo antes de que alguien cruzase esa fina línea entre desesperación y bestialidad.

"¿Cómo salvar a un Imperio que está muerto por dentro?" pensó Sir Kay.

Él había visto sonreír a la Emperatriz en el pasado, por desgracia, cada día sonreía menos. ¿Habrá desaparecido su sonrisa?

—Gracias… —Fue todo lo que dijo Agnes, posteriormente, la chica se apoyó en Sir Kay para poder caminar —. Estaré bien en unos momentos, ayúdame a llegar a la sala de reuniones, por favor, tengo que verme con los tesoreros imperiales.

—Claro. —A pesar del dolor y la tristeza, Agnes aún no se rendía, seguía luchando para salvar la nación que tanto amaba.

"Yo tampoco puedo rendirme" pensó el caballero.

La guerra del cielo rojo estaba lejos de terminar, ¿podrán Agnes y Sir Kay salvar al Imperio del desastre?, ¿o solo están retrasando lo inevitable?

Capítulo 2

Armadura de placas

La armadura de Sir Kay era una verdadera pieza de arte, cada detalle contaba con un esfuerzo minucioso digno de poesía visual. Su color negro con esmaltes rojos, hechos con rubíes fundidos y runas mágicas le daban una apariencia casi majestuosa. Y no era para menos, como el Héroe de Cross, tenía la responsabilidad de subir la moral de las tropas.

La Emperatriz Agnes I, encargó la armadura nueva a un armero reconocido, el mismo que forjó las armaduras que usó su padre. Solo por un momento, Agnes cerró los ojos y quiso visualizar a su propio padre en él, pero falló, Sir Kay era mucho más bajo que su padre y menos musculoso. La visión del antiguo Maximiliano II era la de una montaña de acero, que cabalgaba con Estarion en manos y mataba a diestra y siniestra a todos sus enemigos.

Sir Kay, en cambio, medía casi 25 centímetros menos, pero no dejaba de ser una figura imponente con el yelmo puesto.

—Te queda bien —comentó Agnes.

—Le han agregado el símbolo de mi orden, gran detalle —complementó Sir Kay, muy cómodo con su nueva armadura.

Las placas remachadas y la malla que tenía por dentro no le impidieron moverse, al contrario, ofrecían una articulación digna de halagar. Podía mover sus brazos y piernas libremente, dar saltos, rodar por el suelo y correr rápido, tampoco le molestaba para montar a caballo y el peso era amable con su espalda y articulaciones.

—Para el Héroe de Cross, solo lo mejor.

Junto a Renper, su espada rúnica, Sir Kay se volvió un símbolo para el Imperio Cross, los villanos humanos que saqueaban y destrozaban a la golpeada población se paralizaban del miedo con solo verlo. Las leyendas (en su mayoría falsas) que hablaban del caballero negro eran aterradoras,

decían que jamás dejaba escapar a sus víctimas, lo tachaban de invencible y no humano.

Pero no podían estar más equivocados.

A pesar de lo imponente que se viese su armadura y lo mortal que fuese su espada, por dentro, la carne de Sir Kay era como la de cualquier otro humano. Sangraba si lo cortaban, le dolían los impactos y claro, podía morir si recibía un golpe letal.

Pero Sir Kay era habilidoso, alguien que mejoró su maestría marcial por mera necesidad. En el campo de batalla los rangos poco importaban, después de todo, tanto nobles como plebeyos podían ser víctimas de una flecha extraviada o un garrotazo dado por los temibles monstruos del ejército celestial.

Pero…

¿Será suficiente?

¿Podrá Sir Kay salvar al Imperio Cross de una guerra sin esperanza?

Descúbrelo en mi novela, Historias de Cross: Cruzada Final, disponible en Amazon.

Comodidad

La gente común pensaba que Sir Kay jamás se quitaba la armadura, para ellos, era natural verlo caminando por las calles, ataviado de acero negro. Sin embargo, incluso él necesitaba descansar, su espalda y huesos eran

fuertes por el constante entrenamiento, pero por eso mismo, necesitaba darse descansos de vez en cuando.

El joven avanzó por las calles de la ciudad sin que la gente le tuviese miedo, claro, reconocían que era él, su rostro seguía grabado en la memoria colectiva de los capitalinos. Pero sin la armadura, parte de su esencia intimidadora había desaparecido, ya no veían al brutal guerrero que destazaba a sus víctimas con Renper, la espada rúnica. Vestido así, el caballero parecía cualquier otro chico de su edad.

Un joven noble, soltero y relativamente atractivo, producto de usar el yelmo durante las batallas.

Algunas chicas suspiraban al verlo y otras le arrojaban flores, era el arquetipo perfecto de caballero. Sin embargo, lo último que deseaba hacer Sir Kay, era presumir sus dichosas habilidades ante las personas. Cuando estaba sin armadura y solo con Renper en la cintura para cualquier emergencia, lo que verdaderamente quería era pasarla bien con sus seres amados.

Solía visitar tabernas con sus aprendices, escribir poemas y memorias junto a su amigo, Sir Ron, o simplemente volver a casa para jugar juegos de mesa con su hermana pequeña. Sin embargo, recientemente había estado yendo al palacio imperial, no a dar conferencias ni pavonearse de su nuevo rango frente a otros nobles, no… Nada de eso le importaba, para él, las cosas seguían siendo iguales a cómo lo eran antes de la legendaria Batalla de Cross.

No obstante, algo sí cambió…

—L-Llegaste… —murmuró Agnes.

—Un poco tarde, pero sí. —A la señorita Emperatriz se le hizo un nudo en el estómago, estaba acostumbrado a ver a Sir Kay lleno de tierra, lodo y

suciedad por causa del entrenamiento o los combates. La visión del chico limpio, sin armadura, ni yelmo, era algo relativamente nuevo para ella. Sus mejillas se sonrojaron levemente y por un instante, desvió su mirada.

¿Acaso era una adolescente?, ¡claro que no!, ¡debía mantenerse calmada!, después de todo, era la Emperatriz del Imperio Cross, no una simple cortesana.

—¿Qué quieres hacer hoy?, ¿comemos algo?

—Sí, muero de hambre, no más pan de piedra, ¡la carne es lo mejor! —exclamó Sir Kay, con una sonrisa de oreja a oreja. Resultaba casi imposible de creer que este chico tan gentil y bondadoso, fuese el temible Sir Kay, caballero negro que no dejaba sobrevivientes en el campo de batalla.

"Supongo que la guerra nos hace monstruos" pensó Agnes, mientras lo invitaba a su comedor privado.

FIN

Capítulo 3

Comodidad

La gente común pensaba que Sir Kay jamás se quitaba la armadura, para ellos, era natural verlo caminando por las calles, ataviado de acero negro. Sin embargo, incluso él necesitaba descansar, su espalda y huesos eran fuertes por el constante entrenamiento, pero por eso mismo, necesitaba darse descansos de vez en cuando.

El joven avanzó por las calles de la ciudad sin que la gente le tuviese miedo, claro, reconocían que era él, su rostro seguía grabado en la memoria colectiva de los capitalinos. Pero sin la armadura, parte de su esencia intimidadora había desaparecido, ya no veían al brutal guerrero que destazaba a sus víctimas con Renper, la espada rúnica. Vestido así, el caballero parecía cualquier otro chico de su edad.

Un joven noble, soltero y relativamente atractivo, producto de usar el yelmo durante las batallas.

Algunas chicas suspiraban al verlo y otras le arrojaban flores, era el arquetipo perfecto de caballero. Sin embargo, lo último que deseaba hacer Sir Kay, era presumir sus dichosas habilidades ante las personas. Cuando estaba sin armadura y solo con Renper en la cintura para cualquier emergencia, lo que verdaderamente quería era pasarla bien con sus seres amados.

Solía visitar tabernas con sus aprendices, escribir poemas y memorias junto a su amigo, Sir Ron, o simplemente volver a casa para jugar juegos de mesa con su hermana pequeña. Sin embargo, recientemente había estado yendo al palacio imperial, no a dar conferencias ni pavonearse de su nuevo rango frente a otros nobles, no… Nada de eso le importaba, para él, las cosas seguían siendo iguales a cómo lo eran antes de la legendaria Batalla de Cross.

No obstante, algo sí cambió…

—L-Llegaste… —murmuró Agnes.

—Un poco tarde, pero sí. —A la señorita Emperatriz se le hizo un nudo en el estómago, estaba acostumbrado a ver a Sir Kay lleno de tierra, lodo y suciedad por causa del entrenamiento o los combates. La visión del chico limpio, sin armadura, ni yelmo, era algo relativamente nuevo para ella. Sus mejillas se sonrojaron levemente y por un instante, desvió su mirada.

¿Acaso era una adolescente?, ¡claro que no!, ¡debía mantenerse calmada!, después de todo, era la Emperatriz del Imperio Cross, no una simple cortesana.

—¿Qué quieres hacer hoy?, ¿comemos algo?

—Sí, muero de hambre, no más pan de piedra, ¡la carne es lo mejor! —exclamó Sir Kay, con una sonrisa de oreja a oreja. Resultaba casi imposible de creer que este chico tan gentil y bondadoso, fuese el temible Sir Kay, caballero negro que no dejaba sobrevivientes en el campo de batalla.

"Supongo que la guerra nos hace monstruos" pensó Agnes, mientras lo invitaba a su comedor privado.

FIN